

LA PRUEBA DE FUERZA

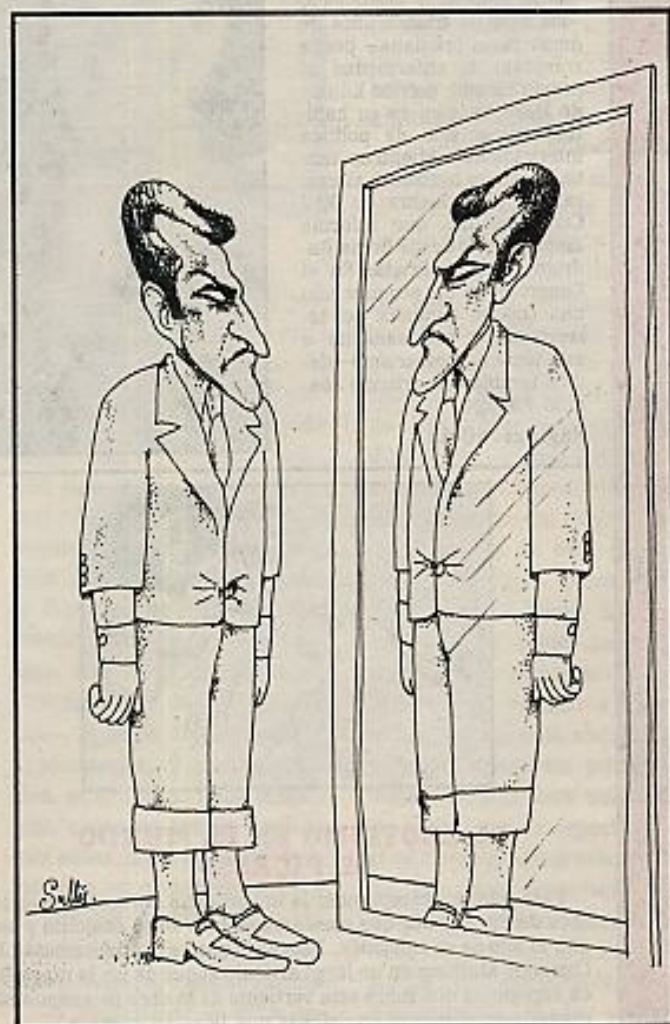
ESTE es el resultado de una obra legislativa poco profunda, de una Constitución ambigua, de una maraña de pactos, acuerdos, entendimientos y estipulaciones: que el poder tiene una amplia capacidad de interpretación y de disposición y puede, legalmente, hacer lo que hizo con la sesión de investidura: escamotear un programa de Gobierno —sustituido por un discurso programático, sin concreciones ni definiciones, abundante en "wishful thinkings" o expresiones de idealismo— y hurtar un debate que se hubiera podido esperar a la manera occidental. A la oposición le queda el derecho al pataleo, viejo derecho español, pero tampoco ajeno a los usos y costumbres parlamentarios universales. Los distinguidos miembros de los Comunes abuchean frecuentemente a sus compañeros, y en la Asamblea Nacional Francesa el concierto de los pupitres se produce en numerosas ocasiones. Todo está, pues, más o menos dentro de lo normal.

PERO habrá que buscar otras explicaciones a la razón por la cual UCD no ha querido dar rostro humano a su presentación en la sociedad democrática. Un auténtico programa de Gobierno podría haber sido construido por los bravos peritos del partido; Suárez probablemente habría soportado un debate con alguna destreza, teniendo en cuenta que tampoco hay genios de la oratoria y de la polémica frente a él, y el resultado final no hubiera variado, porque la mayoría estaba construida desde antes. Se hubiera evitado la incongruencia moral —aunque sea legal— de que los partidos explicaran su voto después de haberlo dado todos, es decir, sin posibilidad ya de ninguna clase de que sus argumentos pudieran convencer a otros, a vacilantes o a dudosos; sin que las respuestas de Suárez pudieran, a su vez, ser controvertidas. Prácticamente, lo que estaba haciendo Andreotti casi al mismo tiempo en Italia, en circunstancias mucho más graves y comprometidas y sin un resultado previamente adquirido, sin un seguro de voto.

HABRA que pensar algunas razones, quizá imaginarias. Una de ellas es el miedo a la democracia. Es un miedo que preside el país desde la muerte de Franco. La democracia abierta y dialécticamente combativa, por las vías que pueden dar verdadera vitalidad al régimen y hacer participar, con arreglo a conciencia, a los ciudadanos, ha empavorecido a gobernantes y grupos de la oposición de izquierdas. Un rasgo del "miedo a la libertad" de que hablaba Fromm. Y de una manera más inmediata, del miedo a los enemigos de la libertad y de la democracia y a su posible poder extraparlamentario. Suárez tiene unas enormes cualidades de político para el tiempo en que vivimos, algunas menos de gobernante —en el sentido creativo del término, no en el de hombre que lucha por la permanencia en el poder— y algo que parece un defecto básico, que es su inseguridad en el tipo de régimen que le sustenta. Es más aficionado al secreto y la reserva que a la claridad. Trata de ser inescrutable y, a veces, lo es. Un programa de Gobierno y un debate sobre ese Gobierno van, probablemente, más allá de lo que su interiorización de la política permiten.

NO sólo rasgos psicológicos. El hecho puede formar parte, todavía, del juego de la transición. Crear un programa de Gobierno sólido podría suponer un esclarecimiento de propósitos. Al presidente puede no convenirle todavía esclarecer ciertas contradicciones sobre las que ha mantenido su política entre los intereses de unos y los de otros. Sobre todo, en las vísperas de unas elecciones municipales. Todavía el discurso de investidura debía estar envuelto en los velos de un discurso de propaganda electoral. Un programa es mucho más comprometido: un debate sobre ese programa, por mucha habilidad o astucia que tenga el candidato, obliga a contestaciones concretas a preguntas concretas.

EXISTIA, en fin, una necesidad de doma de la oposición y de imagen de firmeza frente al mundo exterior. El nuevo presidente del Congreso, el candidato a la presidencia, debían demostrar a la oposición que se han terminado las "concesiones", las "contemplaciones". Tenían también





Lo que hace falta ahora es una reconstrucción de los partidos de izquierda, una reflexión sobre sí mismos, una ideología coherente. (En la foto, González y Carrillo.)

que mostrar a "los otros" —los de fuera— que no van a dejar pasar al marxismo, tema persistente de su campaña electoral, prolongada por los candidatos de UCD a las Alcaldías y, en Madrid, tema predilecto de Alvarez Alvarez: les parece rentable y sin duda lo ha sido. Terrible aventura la de esta oposición de izquierdas que trata desesperadamente de no aparecer como radical, pierde por ello adeptos y, sin embargo, su enemigo no se lo permite. Una aventura dramática. Un viejo y salvaje cuento árabe explicaba que lo primero que ha de hacer el marido, después de la boda, es darle una paliza atroz a su mujer, sin ningún motivo, para que desde el principio se acostumbre a saber quién manda. Suárez ha hecho lo mismo con la oposición.

A Si se inicia lo que debía ser la verdadera democracia en España, con una Constitución y unas elecciones generales. En la izquierda hay un desaliento general: se teme que ha caído en un largo bache de derechismo. Podía haberlo sospechado antes. Tampoco la izquierda —en general— ha presentado un programa claro de Gobierno —de lo que hubiera hecho de haberlo alcanzado—; después de todo, UCD ha hecho lo mismo. En realidad, España no escapa a lo que parece un destino general de la democracia europea, subrayado estos días por la caída del laborismo inglés y la casi segura victoria conservadora en las elecciones de mayo, y por la decisión del Gobierno francés de prohibir más manifestaciones políticas —un derecho que se estableció el siglo pasado— en las calles de las ciudades, después de unos disturbios que posiblemente fueron provocados; que se afirma en Portugal, en Grecia y que va a ser probablemente el resultado final de la larga crisis italiana. Sólo que en España estas cosas se hacen con más rudeza, con menos formas; y la sesión de investidura del presidente Suárez respondió a esa rudeza.

L A respuesta está en manos de la oposición. No es sólo la utilización de los derechos de huelga y manifestación de los obreros, si el Gobierno les perjudica, que anunció el señor Carrillo en su explicación de voto. Lo que hace falta ahora es una respuesta política. Una reconstrucción de los partidos de izquierda, una reflexión sobre sí mismos y sobre las circunstancias del pueblo español, una ideología coherente, unos dirigentes no comprometidos, un trabajo programático. Y la utilización de las tribunas parlamentarias, dentro de unos límites constitucionales que ellos mismos han ayudado a construir mientras albergaban esperanzas imposibles.

L O que ha comenzado es una prueba de fuerza. UCD utiliza la suya; la oposición debe saber cuánta le queda. ■

LOS POBRES CAROTAS DE LA LISTA DE HACIENDA

U NA de las características españolas es que aquí se sabe todo. Otra característica es que aquí no se cree nada. No son actitudes contradictorias, sino compensadas. Se sabe todo aquello que no se publica, no se cree nada de lo que se hace público. Por eso fracasó la censura: hizo grandes destrozos en la literatura, en la ciencia, en la profesión intelectual; pero no consiguió nunca que la información no llegara a todo el mundo, ni que nadie se creyera lo que se publicaba. Notemos que son actitudes independientes de la existencia de la verdad. La verdad se rechaza si es pública —la frase "mientes más que la gaceta" es tradicional—, la mentira se acepta si viene por vía privada. De todo esto ha salido una casta de Sherlock Holmes, o de pequeños Freuds, que tratan de deducir y de analizar más allá de lo aparente, el país de "La verdad sospechosa" —título de un clásico— y del "leer entre líneas". Defensas típicas de un pueblo muy engañado, que sabe que "las apariencias engañan", maestro en acertijos y adivinanzas, que lleva hasta lo sublime: "Vivo sin vivir en mí...". Después de todo, místicos, ascetas o quietistas eran gentes que llevaban a lo patológico la incredulidad en lo palpable para depositarla en lo invisible, en lo increíble: sus genios conseguían hacer tan patente lo increíble que podían provocar la incredulidad, y por eso la Inquisición, que vigilaba estas materias de lo que hay que creer y lo que no hay que creer, les miraba con malos ojos.

Las listas de contribuyentes de Hacienda tocan este mundo de lo creíble y lo increíble. Su exposición en el Ministerio forma el espectáculo del día; su publicación en los periódicos, el gran escándalo. Ahí están definidos los dos millones de españoles que tributan para mantener a los 36 millones restantes. Se diría, si la expresión no pareciera muy capitalista —y no lo es, porque en la lista hay distinguidos luchadores del proletariado— que son unos héroes de nuestro tiempo. Tributar ha sido siempre en España una actitud sublime que requiere también tener una mística y una ascética: la creencia en el Estado. (O un miedo que viene a ser también la fuente de la mística y la ascética.) A los alcabales, antes, se les pagaba (acordémonos de Cervantes) o se les engañaba. Era lo "inteligente". Exacción tiene en castellano dos acepciones: una, exigir tributos; otra, realizar cobros injustos y violentos. Las dos se han mezclado siempre en la imaginación del español. Evadir impuestos era como hacer contrabando; algo que la moral pública perdonaba fácilmente.

He aquí que hay dos millones de españoles que sostienen este carísimo —carísimo— Estado; pagan por todos, y cuando la lista se expone, en lugar de ser como el cuadro de honor del colegio, es como la picota, como si salieran a la vergüenza pública. Un periódico de la noche —"Informaciones"— relataba los comentarios del público ante las listas: "Comentarios como 'vaya un cara, mira lo que ha declarado fulanito', '¡será sirvengüenza, mira lo que ha declarado éste!' ", y, en otras ocasiones, se oían risas irónicas al comprobar lo que había declarado algún personaje conocido". Y así sucede que los dos millones de españoles que pagan aparecen como malhechores frente a los que viven de ellos. Siguiendo la tradición, nadie se cree lo que se ha hecho público. Actúa el Sherlock Holmes interno.

Y es que, de verdad, ¿quién se cree ciertas declaraciones?... ■